

CAPITULO IX.

De la Muerte.

UNA conducta regulada por la moral no solo nos produce una paz inalterable y una felicidad pura durante nuestra morada en este mundo ; no solo nos hace gozar de una vejez dichosa y respetada, sino que ademas nos da firmeza contra los temores de la muerte, tan terribles para los delincuentes. Si, como hemos dicho, la religion, sea natural ó revelada, no puede nunca contradecir los deberes que la naturaleza impone al hombre ; si esta religion es verdadera por su conformidad con las leyes de la sana moral, ó la felicidad que causa á los hombres ; en fin, si la religion no hace mas que añadir motivos sobrenaturales á los naturales, humanos y conocidos de que la moral se vale para excitar á la virtud, nada es capaz en consecuencia de turbar la seguridad del hombre de bien al salir de esta vida para comenzar otra: persuadido de que el universo está bajo del imperio de un Dios lleno de benevolencia con los hombres, no puede, al morir, tener inquietud alguna de su suerte. ¿ Qué motivo tendrá el hombre de bien para desconfiar ó temer la cólera de un Dios cuya bondad y justicia constituyen su carácter esencial é inmutable? La idea de una vida fu-

tura, que sirve de base á toda religion, está fundada en las recompensas que la virtud debe esperar tarde ó temprano de un Dios lleno de equidad. Un Dios justo ¿ puede no amar al hombre justo? Un Dios bueno ¿ puede aborrecer al hombre que en este mundo ha hecho bien á sus semejantes? Un Dios lleno de misericordia ¿ puede desechar al hombre que se muestra piadoso á las desgracias de sus hermanos? En fin, el que ha procurado ser útil á la sociedad, ¿ temerá encontrar al término de sus dias un Juez inexorable en el soberano de la naturaleza, criador, conservador, padre de la especie humana, y legislador de cuya voluntad deriva la religion las reglas de la moral? No, ciertamente: seria contradecir todas las perfecciones morales de la divinidad creer por un solo instante que el hombre de bien puede desagrardarle.

Es cierto que la religion exige ademas otras virtudes en el hombre para merecer el favor divino. Mas en el curso de esta obra nos hemos propuesto únicamente presentar á los habitantes de la tierra los motivos humanos, sensibles y naturales que le inducen á practicar el bien en el mundo actual, aun prescindiendo de sus ideas religiosas: solo hemos hablado de los medios de obtener una felicidad tan durable como la vida presente. A los teólogos es á quienes pertenece exclusivamente mostrar á los mortales los motivos divinos, invisibles y sobre-

naturales , que deben conducirlos un día á la felicidad permanente que la religion promete para despues de esta vida. Aunque nada debiera ser mas eficaz para excitar á los hombres á la virtud , y desviarlos del mal , que la idea de una felicidad eterna , espiritual é infalible , ó que el temor de castigos rigurosos y eternos , sin embargo la esperiencia nos hace ver que estos motivos , presentados todos los dias por los ministros de la religion , influyen debilmente sobre la multitud. Dominados de lo presente , los hombres , por la mayor parte , apenas piensan en lo futuro , pareciéndoles muy lejano. El mundo está lleno de viciosos que profesan sumision y respeto á la religion , y creen las recompensas y castigos que nos anuncia , sin que por esto sus ideas produzcan bien alguno real y verdadero acerca de su enmienda.

Efectivamente , al ver los vicios , desórdenes y delitos á que se entregan tantos hombres que afectan estar muy convencidos de la realidad de las recompensas y castigos eternos que la religion anuncia , no seria extraño que alguno creyese que todas estas cosas eran vanas quimeras ó mal ó no creidas de los hombres , ó que estas ideas ya deleitosas ya terribles son un freno muy débil para contener las pasiones. Tantos soberanos religiosos y devotos , con sus guerras crueles , inútiles y frecuentes , sus injustas conquistas , su tiranía y las estorsiones que hacen sufrir á los pueblos , y los desarre-

glos de su vida privada , dan á entender ciertamente que la religion que fingen creer , que protegen , y afectan respetar , no se ha hecho para ellos , y que es un espectro para arredrar y contener á sus crédulos súbditos. Estos , sin embargo por la mayor parte , no son mas contenidos que sus soberanos. Las naciones mas religiosas ofrecen una multitud de hombres que unen frecuentemente la creencia y práctica exterior de la religion con la injusticia , la inhumanidad , el fraude , el robo , y la disolucion. Se ven ladrones públicos , usureros , bribones y prostitutas , y entre el pueblo , borrachos y glotonos , que jamas han dudado de la otra vida , y que sin embargo no obran conforme á su creencia : sus desórdenes son el objeto continuo de los discursos de nuestros oradores sagrados.

Mas si la religion atemoriza con sus amenazas á los transgresores de la moral , algunos filósofos imputan á sus ministros que ellos mismos los confirman en sus desarreglos , y los alientan y tranquilizan con la facilidad de los medios que les prescriben para calmar sus conciencias , espiar sus iniquidades , y apaciguar la cólera divina. « ¿ De que sirven , dicen estos » filósofos , los terrores de la otra vida , si » basta , para inutilizar su efecto , someterse á » prácticas estériles , confesiones vergonzosas » por aquel momento , ceremonias , fórmulas ,

• limosnas y rezos? (1) ¿ No es, dicen, destruir el efecto de los temores que la religion inspira asegurar que un tardío arrepentimiento en el artículo de la muerte es capaz de borrar todas las manchas de una vida criminal »? Estos filósofos hallan que sus ministros regularmente muy indulgentes con los grandes del mundo, allanan y facilitan el camino del cielo á estos ilustres delincuentes, cuyos remordimientos debieran no apaciguar, y sí mas bien acrecentar. Preseindiendo de estas imputaciones, lo cierto es que, por confesion de los mismos sacerdotes de la divinidad, nada es mas difícil y menos frecuente, á pesar de la religion que ver en los corazones corrompidos una enmienda sincera, suficiente á merecer la futura felicidad.

Por otra parte vemos que los mismos teólogos están poco acordes entre sí sobre los medios de satisfacer á la justicia divina, y obtener la felicidad eterna. Unos exigen poco de

(1) Nada es mas ridículo que las ceremonias extravagantes que la supersticion ha inventado en algunos pueblos para alentar á los hombres contra los temores de la muerte. Un Baniano está seguro de que todos sus pecados le serán perdonados, si puede al espirar tener asida la cola de una vaca, y recibir su orina en la cara. Otros creen segura su salvacion, si pueden morir á orillas del Ganges. Los Parsis no dudan de la espiacion de sus culpas, si un sacerdote hace por ellos ciertas oraciones y ceremonias cerca del fuego santo. Para asegurar la salud del Mahometano se le pone en las manos al morir un pasage del Coran. El sacerdote Ruso, en virtud de cierto dinero, espide al que está de muerte un pasaporte para el otro mundo.

los hombres, prescribiéndoles espiaciones fáciles: otros, con rigor excesivo, los desaniman, mostrándoles el camino de la virtud lleno de tantas dificultades, que les inspiran una desesperacion ó un fanatismo feroz é insociable, tan contrario á la verdadera moral como los mas funestos desórdenes. Ninguno es mas insociable que el supersticioso sombrío y melancólico, que, enemigo de sí, se cree obligado á martirizarse de continuo, á renunciar á los placeres inocentes, á separarse de los hombres, y á pensar en su fin en medio de la lobretez de los sepulcros. ¿ Que bien puede resultar á la especie humana de esta insociable conducta? Un hombre continuamente anegado en sus lágrimas, dominado de la melancolia, agitado de vanos escrúpulos y terrores imaginarios, exasperado con soledad y privaciones, ¿ puede ser un miembro útil y agradable á la sociedad? ¿ Es cumplir con los deberes de la moral hacerse mal á sí, sin hacer bien á nadie? Ciertamente que es formarse ideas muy siniestras y contradictorias de un Dios lleno de amor á los hombres, el creer que solo se le agrada afligiéndose sin cesar, ó viviendo separado de los humanos. Si los casuistas demasiado fáciles abren el cielo á los grandes é ilustres malvados, los rigoristas excesivos le cierran á todo el mundo: pocos hallan un justo medio entre estos dos extremos.

Unas inconsecuencias tan palpables han dado

motivos á muchos para dudar de la utilidad ó poder que se atribuye á la religion. Por otra parte, como la historia antigua y moderna muestra á cada página los escesos, desolaciones, odios inmortales, atroces persecuciones, sangrientas y lamentables mortandades que frecuentemente han producido la ambicion del sacerdocio, y el zelo furioso de sus fanáticos partidarios, algunos filósofos han concluido de aqui, que esta religion, que tantas veces servia de pretesto á tales crímenes, era no solo inútil, sino tambien incompatible con la sana moral, la verdadera política, y la felicidad y el reposo de las sociedades: por consecuencia algunos de estos filósofos se han creído suficientemente autorizados para sacudir el yugo de una religion que les parecía incómoda y peligrosa. La existencia de otra vida, cuya idea veian que no reprimia las pasiones de aquellos que mas fuertemente convencidos debían estar de ella, les pareció quimérica ó dudosa. En una palabra, no puede negarse que la insociabilidad, intolerancia, ambicion y avaricia de muchos ministros de la religion les han suscitado en todos tiempos un gran número de enemigos, aun entre los hombres mas ilustrados y virtuosos.

A los teólogos toca conciliar esta conducta con los principios, bien sea de la moral natural, ó de la religion, ó á lo menos justificarse de unas acusaciones tan graves, debiendo al mis-

mo tiempo atraer á los descarriados con razonamientos capaces de desengañarlos de sus ideas contrarias ó poco favorables á la certeza y utilidad del sistema de la otra vida. Como en esta obra nuestro intento no ha sido mas que dar á conocer los motivos humanos de una moral comun á todos los hombres (sean cuales fueren sus opiniones verdaderas ó falsas), solo diremos á los que se oponen á la religion revelada y sus dogmas sobre la otra vida que no por esto se hallan menos obligados á conformarse durante la vida presente con los preceptos humanos y naturales de la moral universal, so pena de acarrear el desprecio y el odio de la sociedad; castigos seguros, y de los cuales no puede dudar la mas impía incredulidad.

Ademas, si el interes de la sociedad, y el bienestar de la vida social son los que han determinado al filósofo á divorciarse de la religion, este se halla obligado mas que ningun otro á manifestar al público costumbres mas sociables, mas dulces, mas honestas, y en una palabra, una conducta menos vituperable que la que imputa á los partidarios de la religion. No le es lícito, pues, al que se aparta de los principios religiosos, so pretesto del mal que producen en la tierra, entregarse á la intolerancia, la obstinacion y el odio contra los que no piensan como él: tampoco le es permitido abandonarse á vicios que la razon condena. La verdadera filosofia debe siempre anunciar unas costum-

bres inocentes y severas; y grave, sin ser triste ó feroz, no debe prestarse jamas á los desarreglos de los hombres.

Tambien les diremos á cuantos renuncian á la religion, porque mortifica y reprime sus pasiones, que no por esto deben creerse filósofos ó amigos de la sabiduría. La verdadera sabiduría fue y será siempre incompatible con el vicio y desarreglo: sus preceptos no pueden jamas ser contrarios á los de la moral. Los filósofos sin buenas costumbres y virtudes son impostores y charlatanes despreciables: esos pretendidos amigos de la sabiduría, esos apóstoles de la razon serian insensatos, ignorantes y ciegos, si se hiciesen apologistas del vicio y despreciadores de la virtud, en la que solo estriba nuestra felicidad en este mundo: los filósofos de esta naturaleza serán mirados con muy justa razon como unos libertinos, corruptores y verdaderos enemigos del género humano. Estos, pues, son tan culpables como esos casuistas relajados, que por una débil complacencia con los vicios y pasiones del hombre, atenuan sus escrúpulos ó remordimientos, y le hacen el camino del cielo mucho mas fácil de lo que la religion les permite.

Todo hombre que medite la naturaleza humana y los verdaderos intereses de la sociedad, sean cuales fueren sus ideas religiosas, forzosamente reconocerá que la virtud es útil y necesaria en este mundo; que sin ella ninguna sociedad puede prosperar ni aun subsistir, ni

individuo alguno hacerse querer ni respetar; que el vicio es destructor de las naciones y de sus miembros; en una palabra, todo hombre que piensa, debe conocer que no hay desorden que no encuentre castigo aun en esta misma vida, ni virtud que no halle algun consuelo ó recompensa, y contribuya á la felicidad del que la practica. El filósofo que desconociese unas verdades tan claras, seria un estúpido, un ignorante, un hombre sin esperiencia y reflexion. ¡Estraña filosofia, por cierto, la que no viera los efectos patentes y claros del desorden, vicio, y libertinage, y su funesta influencia sobre las naciones ó individuos; ó no conociese las ventajas inestimables que la virtud da á cuantos la practican, aun en las naciones corrompidas!

Por otra parte, basta conocer y practicar unas verdades tan sencillas, para vivir felizmente en la tierra. Así, cualquiera que pueda ser su suerte en la otra vida, el incrédulo, si es hombre de bien, ó verdaderamente filósofo, puede en esta vida pasagera, observando fielmente los deberes de la moral humana, conseguir toda la felicidad que se ha propuesto. Si practica ciudadosamente las virtudes sociales; si evita los vicios, imperfecciones y defectos que pueden desagradar á otros y perjudicarle á él mismo; si contribuye con sus talentos y trabajos á la utilidad general, se hará amable con todos cuantos tengan relaciones con él;

será buen padre , fiel esposo , amigo sincero , y apreciable ciudadano ; y cualquiera que sea el lugar que la religion le designe en el otro mundo , gozará en este del afecto y la consideracion debida al mérito. Limitado en sus esperanzas , no se lisongeará de disfrutar los inefables deleytes de la vida futura , y se contentará con los de esta. Cuando por sus servicios sea digno del amor y la celebridad de los hombres , á falta de la esperanza de una inmortalidad sobrenatural , (objeto solo de la confianza del hombre religioso) , se lisongeará de obtener una inmortalidad natural , ó de existir despues de muerto en la memoria de los hombres. Así , satisfecho con su suerte en este mundo , privado de esperanzas y temores respecto á lo futuro , y lleno de confianza en su derecho al cariño de la posteridad , el incrédulo honrado y virtuoso puede vivir feliz , y ver su fin con mas tranquilidad que tantos hombres que reconocen la religion , y no la practican fielmente.

Sean cuales fueren las opiniones verdaderas ó falsas de los hombres , las leyes inflexibles de su naturaleza á todos obligan igualmente ; su moral debe ser la misma ; y todo les demuestra que , en el mundo que habitan , la virtud conduce á la felicidad , y el vicio á la miseria. Si en la teoría los hombres se oponen y contradicen fácilmente , no sucederá así en la práctica de su conducta , si viven conforme á la natu-

raleza de un ser sociable , inteligente y racional , que conoce su verdadera felicidad , y los medios de obtenerla. Siguiendo el camino indicado por la moral , el hombre de bien vivirá contento , y morirá tranquilo. El momento de la muerte , tan cruel para tantos hombres inútiles ó dañosos , no inquieta ni horroriza al virtuoso , el cual , satisfecho de haber desempeñado bien su papel en el teatro del mundo , se retira de la escena con tranquilidad , y dice con el poeta , *he vivido y terminado felizmente la carrera que me señaló el destino* (1).

Solo el hombre de bien , el racional , el útil á los demas hombres es quien puede decir con verdad *yo he vivido*. No es vivir , sino vegetar , el no contribuir á la felicidad de sus semejantes ; existir sobre la tierra solo para dañar , es existir como las plantas venenosas , ó los minerales ponzoñosos. Solo aquel cuyo entendimiento está ilustrado de la sabiduría , y el corazon fortalecido de la razon , es quien puede morir con valor , y ser superior á los terrores de la muerte , molestos y espantosos para tantos cobardes que ansian vivir sin saber aprovecharse de la vida.

En el momento de la muerte es cuando el pobre y el desgraciado tienen una ventaja señalada sobre esos hombres que el vulgo cree poseedores exclusivos de la felicidad. El pobre ,

(1) *Vixi , et quem dederat cursum fortuna , peregi.* Virg.

el artesano , el labrador , el hombre del pueblo , no dejan la vida con aquellas agitaciones que ordinariamente se observan en los que mueren en un blando y mullido lecho. El desgraciado ve en la muerte el fin de sus penalidades y trabajos ; el hombre de bien , espuesto con frecuencia á los rigores de la fortuna en un mundo perverso donde no tiene otros auxilios que los de su virtud , mira su fin como el puerto de la seguridad.

Ademas , en todos tiempos ha habido hombres , que para sustraerse de las congojas de la vida , han acelerado voluntariamente el término de ella. La antigüedad admiró esta accion , y la consideró como indicio de un heroico valor. Los modernos , en esta parte , han cambiado de dictámen : la religion condena el suicidio como una desobediencia formal á la voluntad divina , como una cobarde desercion del puesto en que Dios nos ha colocado , y en fin , como una pusilarimidad vergonzosa que no sabe soportar los reveses de la fortuna.

Seguramente el suicidio , como hemos dicho , es efecto de una enfermedad , de un lento ó repentino trastorno de nuestra máquina ; para llegar el hombre á estar enteramente cansado de su vida , la cual , á pesar de sus penalidades , ofrece placeres diferentes á todos los hombres , para que en estos cese el deseo de conservarse , inseparable de la naturaleza , para renunciar absolutamente á la esperanza que siempre queda

en el fondo de los corazones , aun en medio de las mayores desgracias , es menester una revolucion terrible , y un trastorno general de las ideas , de lo que resulta una fuerte aversion á la existencia , que nuestra imaginacion considera como el mayor , el mas penoso é irremediable de los males. Unos efectos tan crueles nacen sin duda de una verdadera enfermedad , tal como un acceso de locura ó rabia que nos ciegue , ó como una enfermedad de tedio , abatimiento y languidez que nos vaya lentamente consumiendo , y por último nos conduzca á la muerte. Lo mismo que los insensatos ó dementes furiosos , los hombres que se matan se llegan á preocupar esclusivamente de un objeto , sin cuya posesion nada les es agradable en la vida. En Caton de Utica este objeto fue la libertad de su patria ; en un avaro será la pérdida del oro ; en un amante la pérdida de la que ama ; en un ambicioso la privacion de sus honores ; y en un hombre orgulloso le será la carencia de las cosas que lisongean su vanidad. La falta de estos objetos obra de un modo diferente en los hombres en razon de sus temperamentos ó caracteres. Los unos , mas coléricos , se abandonan repentinamente á la desesperacion , los otros , de un temperamento menos ardiente ó mas melancólico , ocultan mucho tiempo el designio é idea de morir. En estos diferentes modos de quitarse la vida , no hay propiamente ni fuerza ni debilidad , ni valor ni cobardía ;

solo si hay una enfermedad *crónica ó aguda*. Los hombres acostumbrados á juzgar de las acciones por los motivos que las producen, han admirado el suicidio producido por el amor de la patria, de la libertad y la virtud, y le han condenado cuando ha tenido por móvil la avaricia, un loco amor, ó una vanidad pueril. El suicidio es una verdadera locura; á la religion, pues, le toca el decidir si esta locura es culpable á los ojos de la divinidad.

Si el suicidio es efecto de una enfermedad, no seria prudente el combatirle con discursos. Mas la moral puede á lo menos suministrar medios de preservarse de un mal tan estraño, que ha llegado á ser epidémico en las naciones mal dirigidas, y entregadas al lujo, la vanidad, la avaricia, la corrupcion de costumbres, y á los placeres ilícitos. Una conducta virtuosa, deseos moderados, economía en los placeres, aversion al lujo y á los objetos capaces de irritar las pasiones y la vanidad, y el trabajo, en fin, son los preservativos contra una enfermedad, cuyos espantosos efectos son hacernos odiosa la vida, y armar nuestro brazo contra nosotros mismos. El verdadero valor consiste en combatir las pasiones peligrosas: reformando las costumbres, logrará un buen gobierno que los hombres vivan contentos con su suerte, y que los suicidios no sean tan frecuentes.

El hombre de bien é ilustrado es el que tiene solamente verdadero valor para contemplar

tranquilamente la proximidad de la muerte. La ignorancia y corrupcion son siempre flacas, irresolutas y cobardes; los imprudentes y malvados nunca tienen tiempo para pensar en su fin. La resignacion del sabio en sus últimos momentos es fruto de la reflexion, y de la calma que produce una buena conciencia. Una vida pura, y una conducta racional y reflexiva, hé aquí la mejor, la única preparacion para la muerte. En fin, el hombre justo, benéfico y apreciable ve en su postrer suspiro rodeado su lecho de amigos, y sus cenizas son regadas con sinceras y copiosas lágrimas? Qué cosa es mas poderosa á consolar al hombre en la necesidad de morir que la idea de subsistir en la memoria de los otros, y conservar muriendo la amistad y el amor de los que quedan para llorar su muerte?

¡Cuántas gentes mueren sin haber sabido aprovecharse de la vida! Vivir, es emplear la vida en activo trabajo; gozar, es gustar el dulce placer de ser querido y estimado de aquellos á quienes el hombre hace felices, es agradar y complacer á los otros para vivir contento de sí mismo. Mas estos placeres, reservados á las almas justas y sensibles, son desconocidos de los perversos endurecidos en el mal, los cuales, despues de haber vivido en la agitacion é inquietud, mueren en la desesperacion: tampoco se han hecho estos placeres para los hombres entregados á los vicios, la disipacion y los gustos

criminales ó frívolos , á los cuales la muerte los toma de sorpresa , y hallándolos desprevenidos y desarmados contra sus golpes. Por último , los placeres consolatorios de la virtud , tan poderosos para fortalecer los corazones , son ignorados de la mayor parte de los príncipes , los grandes y los ricos , los cuales , destinados á hacer feliz al mundo , duplican sus males y miserias. Todo nos muestra que los hombres mas capaces por su clase y fortuna de hacer mayor bien , son regularmente inútiles ó dañosos durante su vida , no saben gozar de nada , ni excitan al morir en persona alguna lágrimas ó dolor. Por no conocer el contento y placer propios de la virtud siempre benéfica , los mortales que pudieran ser mas felices , viven en el entorpecimiento del tedio , ó en una agitación fatigosa tanto para ellos mismos como para los otros ; su muerte , deseada por cuantos los rodean , es para estos un momento de libertad y gozo. El que no ha hecho bien alguno en la tierra , que ha vivido para sí , y que antes bien ha procurado afligir á los desgraciados que ha tenido á su lado ; con qué derecho podrá esperar que su muerte sea sentida y llorada ? Las aflicciones y lágrimas de los vivos son homenajes del corazon , debidos solamente al hombre de bien , tierno y sensible. Una vida feliz y una muerte tranquila son efectos solos y precisos de la beneficencia , de los talentos , de la bondad y de la virtud.

Reconoced , pues , ¡ ó mortales ! que en la virtud sola consiste esa felicidad que tanto se desea , y que en vano se busca en otra parte. Solo mostrándoos útiles y buenos , obtendréis el amor de vuestros semejantes , y tendréis derecho al de vosotros mismos. Aprended , enfin , á conocer vuestro verdadero y legítimo interes propio : aprended el modo con que debéis amaros cada uno de vosotros. Este amor propio es necesario , natural , inseparable del hombre , y aprobado por la moral ; mas él os impone la obligacion de amar á los otros , y de contribuir á su felicidad , si quereis merecer su afecto y sus socorros. Atended siempre á los que caminan con vosotros por el sendero difícil de la vida. Alargadles una mano caritativa y benéfica , para que os den la suya en vuestras adversidades y trabajos. Reconcentrarse en sí , y olvidar las consideraciones , la benevolencia y cuidados debidos á los otros , seria aborrecerse el hombre : la empresa de vivir feliz en sociedad sin el socorro de sus semejantes , seria tan loca como inútil. ¡ Ah ! ninguno de vosotros ; ó mortales ! está al abrigo de la suerte. Ninguno está seguro de que no beberá un dia en la copa del infortunio. Ninguno , en cualquier estado en que se halle , puede existir sin el auxilio y asistencia de los otros , ya sea para librarse del mal , ya para obtener algun placer. **AMAD PARA SER AMADOS.** Hé aqui el sencillo precepto al cual puede reducirse la moral universal (1).

(1) *Si vis amari, ama.* Seneca.

¡ Pueblos , que la naturaleza ha esparcido por los diferentes países de la tierra , amaos , pues , unos á otros , y dad fin á esos crueles y eternos combates que destruyen vuestra felicidad! — ¡ Soberanos , amad á vuestros pueblos , y hallaréis en su amor un apoyo firme é incontrastable ! — ¡ Grandes , nobles , ricos , poderosos del mundo , haced bien á los hombres , y seréis verdadera y cordialmente amados y distinguidos ! — ¡ Sabios y literatos , ilustrad las naciones , sed verdaderamente útiles ; de este modo seréis respetados , y vuestros ilustres nombres se transmitirán á la posteridad ! — ¡ Esposos , padres , amigos , amad si deseais que os amen , pues que este es el dulce y estrecho vínculo de vuestras diversas asociaciones ! ¡ Ciudadanos , en vuestras conexiones y tratos jamas perdaís de vista el deseo de amar y ser amados ! Si observais unas reglas tan claras y sencillas , gozaréis en el mundo de cuanta felicidad es capaz la humana naturaleza . Cada uno de vosotros ó mortales ! vivirá contento en la tierra , y al salir de ella , por una ley constante de la naturaleza , morirá tranquilo y sereno .

FIN.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULO DE ESTE TOMO TERCERO.

TERCERA PARTE.

SECCION QUINTA.

DE LOS DEBERES DE LA VIDA PRIVADA.

| | |
|---|---------|
| CAP. I. <i>Deberes de los Esposos.</i> | Pág. 1. |
| CAP. II. <i>Deberes de los padres y de las Madres, y de los Hijos.</i> | 38. |
| CAP. III. <i>De la Educacion.</i> | 63. |
| CAP. IV. <i>Deberes de los Parientes ó de los miembros de una misma Familia.</i> | 136. |
| CAP. V. <i>Deberes de los Amigos.</i> | 143. |
| CAP. VI. <i>Deberes de los Amos y de los Criados.</i> | 163. |
| CAP. VII. <i>De la conducta en el Mundo, de la Urbanidad, del Decoro, del Talento, de la Alegria, del Buen Gusto.</i> | 185. |
| CAP. VIII. <i>De la Felicidad.</i> | 235. |
| CAP. IX. <i>De la Muerte.</i> | 268. |

FIN DEL ÍNDICE DE LOS CAPÍTULO DE LOS TERCEROS.